

CAPITULO XV.

Muerte de Viriato. — Origen de la guerra de Numancia. — Q. Pompeyo Rufo. — Infructuosas tentativas de Pompeyo para vencer á los numantinos. — Tratado de paz. — Popilio. — Ruptura del tratado por los romanos. — Decio Bruto y C. Hostilio Mancino. — Apuros de los romanos. — Nuevas paces. — Castigo de Mancino. — Nuevos generales romanos.

La infernal sugestion del Cónsul romano halló eco en los pechos de los tres parlamentarios españoles, quienes al regresar al campo del General penetraron en la tienda de este (siendo ya muy entrada la noche), y le asesinaron bárbaramente, mientras estaba durmiendo.

Los mismos medios que empleó Servilio para hacer desaparecer á Viriato de la escena del mundo prueban lo que valia el caudillo de los lusitanos, y cuán temible era su persona para la causa de Roma en España.

Con lágrimas, sollozos, ayes de dolor, patéticos soliloquios, y evocando gloriosos recuerdos de su difunto General, expresaban los españoles cuán sensible é irreparable era la pérdida que acababan de experimentar, y debían á la alevosía romana.

Viriato no podía ser vencido: el puñal ó el veneno eran solo capaces de acabar con su existencia.

Sin embargo, el asesinato del General español no debía quedar impune: la sangre que derramaron sus heridas pareció ser la semilla de los nuevos héroes que en todas partes levantaban el grito de venganza contra la iniquidad del cónsul Servilio.

Los asesinos de Viriato no hallaron otra cosa que el desden de los romanos; y al mismo Servilio Cepion negáronsele en Roma los acostumbrados honores de la victoria.

Tántalo fue el sucesor de Viriato, pero distaba mucho de poseer las eminentes cualidades del último, lo cual ocasionó que los lusitanos tuvieran que deponer las armas, y aceptar una paz que tenía mas de humillante que de decorosa.

Una ciudad, situada cerca de la moderna Soria, se había conservado independiente en medio de las luchas y contiendas entre los iberos y los romanos: era Numancia, capital de los pelendones, que tan señalado y honroso lugar ocupa en los fastos de nuestra patria.

En el año 152 antes de Jesucristo, y despues de las guerras de Fulvio, Numancia había ajustado un tratado de paz con el cónsul Marcelo.

En virtud de dicho convenio, cuando Marcelo fué á sujetar á los sublevados celtiberos (que cedieran á las instigaciones de Viriato), respetó la neutralidad de Numancia, y hasta permitió regresar tranquilamente á sus hogares á los segedanos, que habían encontrado hospitalidad dentro de sus muros despues de su derrota y dispersion.

Algunos opinan que el origen de la larga y encarnizada guerra entre Numancia y Roma se debe á los refugiados de Segeda (ciudad que se levantaba entre las actuales Soria y Osma), cuya extradición exigía el cónsul Quinto Pompeyo Rufo, sucesor de Metelo; mientras que otros refieren que dicha lucha fue ocasionada por los fugitivos celtiberos, confederados de Viriato, á quienes los numantinos se apresuraron á abrir igualmente las puertas de su ciudad.

La táctica de los numantinos consistió desde el principio en hacer salidas y correrías por lugares escabrosos, donde trababan algunos combates parciales con sus enemigos, sobre los cuales obtenían á menudo pequeñas ventajas. Pompeyo se esforzaba por atraer á sus contrarios á una batalla campal; pero al menor movimiento del Cónsul, el cauteloso Megara se refugiaba con su gente en las trincheras de su ciudad, evitando así el lazo que le tendía el romano, cuyas tropas, como hemos indicado, eran tres veces mas numerosas que los numantinos.

Viendo cuán vanas eran todas sus tentativas para subyugar á sus astutos enemigos, y que cada día estos causaban algunas bajas en sus filas, Pompeyo resolvió dirigirse á Termes ó Termancia, que distaba unas nueve leguas de Numancia. Pero tampoco fue mas afortunado en sus operaciones contra la capital de los termantinos, quienes atrajeron á los romanos hacia unos sitios casi inaccesibles y derrumbaderos, donde perecieron muchos soldados consulares. Al día siguiente Pompeyo atacó de nuevo á Termes, mas sin resultado alguno.

Desde Termes Pompeyo pasó á Manlia, cuya ciudad se entregó al romano por no poderse defender, y despues de haber asesinado los manlieses á la guarnición numantina, lo cual hace sospechar una traición. Poco despues Termes caía también en poder de Pompeyo, no quedando ya otra ciudad para tomar mas que la célebre Numancia, que desde entonces constituyó el exclusivo objeto de las miras y codicia del Cónsul romano.

Al regresar de la Edetania, donde logró someter algunos sublevados, Pompeyo dirigióse otra vez á Numancia con intención de tomarla. Con tal intento procuró incomunicar dicha plaza con otros pueblos vecinos, que podían prestarle socorro en caso necesario.

Pompeyo creyó que el hambre seria el mejor medio para apoderarse de Numancia; y al efecto ordenó variar el cauce del Duero, por cuyo punto se abastecían de víveres los numantinos. Pero estos con sus continuas salidas hostigaban de tal modo á los soldados ocupados en dicha obra, que los romanos tuvieron que abandonar-la por completo.

Mas tarde la crudeza del invierno y el hierro enemigo causaron grandes estragos en el campamento romano.

Esta circunstancia, y el nombramiento del cónsul Marco Popilio por su sucesor, motivaron que el alarmado Pompeyo ajustara paces

con los numantinos. El amor propio acaso influyó también en la conducta de Pompeyo antes de abandonar su campamento para volver á Roma; pues continuando la guerra numantina durante su ausencia, podía suceder que su sucesor cñiera á sus sienas el lauro que codiciaba para su propia persona.

La venida de Popilio tuvo lugar hácia el año 139 antes de la era vulgar.

Las paces ajustadas con los numantinos no eran, por decirlo así, mas que simuladas por parte de los romanos. Pompeyo se había fingido enfermo para excusarse de firmarlas, pues, según parece, las condiciones de dicho tratado nada tenían de ventajosas para Roma. Importábale á Pompeyo ganar tiempo.

Así fue que á la llegada de Popilio, con un considerable refuerzo, Pompeyo negó el tratado de paz celebrado con Numancia, por mas que los moradores de esta ciudad afirmaran lo contrario, y apelaran al testimonio de los caballeros romanos y á los principales jefes del ejército.

Discutido el asunto en el Senado romano, se decidió la continuación de la guerra, á pesar de las justas razones que alegaron los enviados numantinos.

Un año despues Decio Bruto tomaba el mando de las España Ulterior; mientras que Cayo Hostilio Mancino se encargaba de la Citerior.

Al decir de algunos, Mancino era un hombre visionario y en extremo supersticioso. De vez en cuando creía oír siniestras voces en el aire que pronosticaban su fatal destino. Al llegar junto á Numancia encerróse en su campamento con sus huestes, que (tan supersticiosas como su general, y no ignorando la bravura de los numantinos) procuraban evitar todo choque con el enemigo.

Sabedor Mancino de que los vacceos y los cántabros iban á socorrer á los de Numancia (y también á causa de los pequeños descalabros que había sufrido), una noche levantó apresuradamente sus reales, y se alejó con sus legiones de un sitio en que solo creía hallar desastres y calamidades.

Dos enamorados numantinos (que pretendían la mano de una misma doncella) descubrieron la fuga de los romanos. El padre de la jóven, no queriendo desairar á ninguno de los dos pretendientes, dijoles que elegiría por su yerno á aquel que tuviera la osadía de cortar la mano derecha de un enemigo, y de traérsela. Fuéron, pues, al campo los dos mancebos, y hallándolo desierto volvieron corriendo á notificarlo á sus conciudadanos.

Al saber esto cuatro mil numantinos empuñaron las armas y salieron en persecución de los fugitivos, á quienes alcanzaron y pusieron en tan grave apuro, que Mancino pidió la paz.

El Senado romano consideró ultrajante para la dignidad de Roma el pacto celebrado con los numantinos. Rompióse en consecuencia, á pesar de cuantas razones adujo el cuestor Graco para que fuera respetado y cumplido al pié de la letra. Al parecer, la salvación de veinte mil guerreros romanos era cosa de muy poca monta para los padres de la república.

El pueblo de Roma pedía además á voz en grito el castigo de Mancino, que fue condenado á ser entregado á los numantinos, desnudo y con las manos atadas á la espalda. Colocáronlo á las puertas de Numancia, en actitud tan humillante y vergonzosa, por espacio de veinte y cuatro horas; pero los numantinos no quisieron admitirlo si no se les entregaba al propio tiempo el numeroso ejército que acudillaba el infeliz Mancino, ó revalidaba el tratado estipulado con este Cónsul.

Emilio Lépido reemplazó á Mancino en el año 137 antes de Jesucristo.

Lépido puso sitio á Palencia, so pretexto que sus moradores habían abastecido de víveres á los de Numancia. Pero el valor de los palentinos le obligó á desistir de su comenzada empresa, despues de haber perdido seis mil soldados en una salida que ejecutaron los sitiados.

Volvió Lépido á los alrededores de Numancia, obedeciendo también á las órdenes del Capitolio, pero transcurrió un año sin que pudiera hacer nada de provecho.

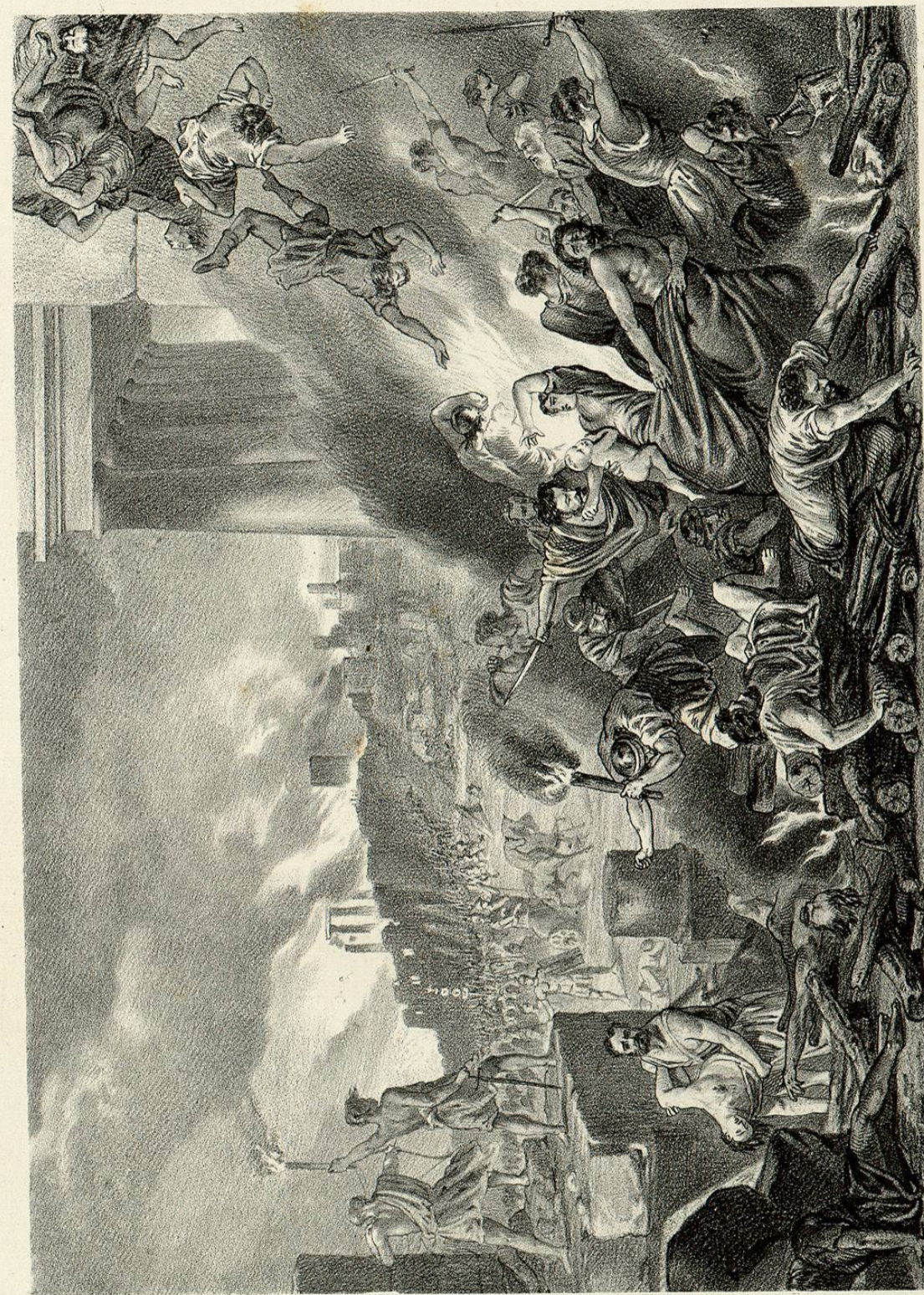
Lucio Furio Filon y Calpurnio Pison, sucesores de Lépido, no fueron mas afortunados que el último en sus operaciones militares.

Numancia era ya llamada *el terror de la república*. Muchas legiones romanas habían ya sucumbido junto á los muros de la heroica ciudad hispana.

En tan apurado trance Roma fijó los ojos en Emilio Escipion, á quien hemos visto ya figurar en algunos sucesos de nuestra patria. Dicho General acababa de destruir á Cartago, ciudad de setecientos mil habitantes; ¿cómo no había también de reducir á escorbros á Numancia, defendida solo por un puñado de héroes?

Escipion trajo consigo á España cuatro mil voluntarios, de entre los cuales escogió quinientos pertenecientes á familias distinguidas, y formó con ellos la *cohorte de los amigos*. Introdujo grandes reformas en el ejército, viciado y desmoralizado por el descuido y mal ejemplo de sus antecesores.

Llegada la primavera, emprendió Escipion con toda formalidad el sitio de Numancia. El ejército romano constaba á la sazón de setenta mil campeones.



HERÓICO FIN DE NUMANCIA.

CAPITULO XVI.

Escipion delante de Numancia.—Heroismo de Retógenes.—Aluro.—Último día de Numancia.—Paz general.—Q. Cecilio Metelo.—Nuevas guerras en la Lusitania.—Tito Didio en la Celtiberia.—Quinto Sertorio.—Retrato y conducta política.

DESPLegó entonces el General romano tan imponente aparato de recursos materiales, y tomó tantas precauciones, que estas circunstancias bastaban por sí solas para acreditar sobradamente el heroísmo y sagacidad de los sitiados.

Impotentes fueron ya todos los esfuerzos de Numancia para romper el terrible círculo de hierro en que les encerrara, y fué estrechando cotidianamente el infatigable Escipion. No quedaba á los numantinos otra alternativa que la de morir matando, ó ser víctimas del hambre.

Entonces Retógenes, hombre de una osadía asombrosa, seguido de cuatro (1) ciudadanos, en alas de la desesperacion escaló las fortificaciones romanas, degollando á cuantos atajaban sus pasos, y fué á pedir auxilio á sus vecinos los arevacos. Pintóles con los mas vivos colores la horrorosa situacion en que se hallaba su ciudad, la reciente destruccion de Gaucia, la infidelidad y barbarie de los romanos, y, por último, los gravísimos males que acarrearía á todo el país la caída de Numancia. *Brazos, y no lágrimas, es lo que necesitamos y os venimos á pedir*, dijo Retógenes al ver que su conmovido auditorio no se decidía á prestar el demandado socorro. Solo la ciudad de Lutia fue la que ofreció generosamente sus hijos para la defensa de Numancia. Pero esto solo sirvió para encrucelear mas á Escipion, quien ordenó que se cortaran las manos derechas á cuatrocientos jóvenes de la expresada é inmediata ciudad.

Después de esto (y desesperando ya de su salvacion) los numantinos enviaron un mensaje al campo del destructor de Cartago. Aluro, el principal de los mensajeros, pronunció un enérgico discurso en presencia del General romano, aconsejando á éste que usara de humanidad y clemencia para con los vencidos, y manifestando que Numancia estaba pronta á entregarse si las condiciones que le impusiera no fueran demasiado duras y humillantes para ella. Pero que en caso contrario los ciudadanos sabrían sucumbir dándose la muerte, ó luchando desesperadamente con los enemigos.

Escipion, desoyendo las justas y equitativas razones de Aluro, exigía que los numantinos depusieran las armas, y se rindieran á discrecion.

Dicha circunstancia llevó á su colmo la indignacion de los numantinos, cuyo ciego é implacable furor, á falta de otras víctimas, cebóse desde luego en los mensajeros que habian regresado con tan fatal nueva, y los sacrificó á su venganza.

Desde aquel instante (y creyendo sin duda que no quedaba otra satisfaccion para su menoscabada dignidad) resolvieron poner en práctica su desesperado y horroroso proyecto. Al efecto todos, hombres, mujeres y niños enardecieron su sangre con una bebida llamada *celia ó celix*, y luego muchos de ellos, poseídos de una rabia espantosa, se arrojaron como furiosos tigres sobre las fortificaciones enemigas, donde probaron aun á los romanos lo que valia Numancia, y hallaron la muerte que buscaban con tan indescriptible frenesí, mientras que otros traspasaban su pecho con un puñal, ó se precipitaban en la encendida hoguera, á imitacion de los saguntinos.

Escenas hubo entonces cuyo solo relato es capaz de horripilar al hombre dotado de mas impasibilidad. Los efectos del hambre habian convertido en verdaderos esqueletos á los moradores de Numancia. A última hora devorábanse unos á otros como hambrientas hienas, ó, cual si jugaran con la misma muerte, apelaban á desafíos y combates cuerpo á cuerpo, después de los cuales vencidos y vencedores eran arrojados sucesivamente á las llamas por los espectadores. En una palabra: el veneno, el puñal, el fuego y el hierro enemigo completaron la destruccion de la ciudad cuya fama y heroismo han de asombrar á la mas remota posteridad.

A pesar de los pocos objetos que quedaban en pié, ó no habian sido abrasados por las llamas, el vencedor mandó arrasarlo todo, llevando hasta el último extremo su crueldad y el implacable odio que abrigaba en su pecho hacia los vencidos.

Alguno supone que Escipion logró hacer prisioneros á algunos esclavos que moraban en la devastada ciudad, y eligiendo cincuenta de entre ellos los presentó al Senado romano como un trofeo de victoria, diciendo que eran numantinos.

Decio Bruto, cuyo gobierno de la España Ulterior habia obtenido una próroga, acababa tambien de someter á los galaicos, y recibió en Roma, como su émulo Escipion, los honores del triunfo.

Los varios descubrimientos que se hacen sin cesar en el término de Garray, donde en otro tiempo se levantaba la heroica Numancia, parecen probar irrecusablemente el pasado esplendor y grandeza de la imitadora de Sagunto.

A la destruccion de Numancia siguió una paz de veinte años de duracion. No era que en dicho período se hubiese extinguido por completo el patriotismo de los españoles, sino que estos se hallaban como fascinados por lo cruel y asombroso de las venganzas romanas.

Entonces los romanos dividieron la España en diez provincias ó distritos, gobernados por otros tantos legados.

El único hecho digno de notarse en dicho período de tranquilidad fue la insurreccion de los mallorquines, á quienes sujetó, no sin algun esfuerzo, el cónsul Q. Cecilio Metelo, y por cuya hazaña

(1) Cinco, segun Ortiz de la Vega, *Anales de España*, lib. III, cap. VIII, pág. 139.

se le dió el nombre de Baleárico. Desde el referido suceso aquellos indomables isleños fuéron abandonando su género de vida errante y casi salvaje, y obedeciendo á un Gobierno regular. Poco tardaron Palma y Pollencia en hacerse ciudades romanas.

Ora fuera que los gobernadores de España emplearan otra vez su sistema de exacciones y violencias contra los pueblos hispanos que dominaban, ó por cualquiera otra causa desconocida, ello es que surgieron nuevos disturbios en nuestra Península.

Los lusitanos, cuya proverbial fiereza y arrojo tan fatales habian sido á las legiones del Capitolio en muchas ocasiones, renovaron hácia el año 109 antes de Jesucristo la sangrienta lucha que parecia haber terminado con la muerte de Viriato. Por espacio de quince años batallaron los lusitanos, con mas ó menos ventaja por su parte, contra generales tan acreditados como C. Pison, S. Galba, S. Cepion y Cornelio Dolabella. Publio Licinio Craso redujo por fin á la Lusitania, cuyos guerreros eran ya muy escasos en número.

El año 99 vivió estallar otra insurreccion en la Celtiberia. Tito Didio Nepote fue el encargado de someter á los celtiberos.

En una de las mas sangrientas batallas ocurridas á la sazón la noche vino á separar á los combatientes. Esta circunstancia sugirió á Didio la idea ó estratagema de hacer enterrar á favor de las sombras nocturnas todos ó la mayor parte de los cadáveres romanos. Al día siguiente, comparando los celtiberos sus pérdidas con las del enemigo, quedaron asombrados, y aceptaron las condiciones que Didio quiso imponerles.

La ciudad de Termes (que no podia reconciliarse de ningun modo con el nombre romano) fue sitiada y destruida por orden de dicho Cónsul, quien, en castigo de la hostilidad de sus moradores, obligó á éstos á ejecutar la obra de destruccion con sus propias manos, designándoles luego tierras en el llano donde habitar, y prohibiéndoles edificar ciudad alguna en lo sucesivo.

Didio cometió tambien algunos actos de ferocidad que recuerdan la tiranía de los Lúculos y los Galbas.

En el año 98 el joven Sertorio (que servía á los romanos en clase de tribuno ó de cuestor) influyó de un modo muy notable en los sucesos de nuestra Península.

Quinto Sertorio era oriundo de Italia, de donde fue proscrito por Sila, rival de Mario.

En Castulon, hoy Cazorla, tenia Sertorio sus cuarteles de invierno. Los excesos y desmanes que cometían sus soldados, y el escarnio que hacían de los celtiberos, originó que sus indignados moradores formaran una liga con algunas poblaciones vecinas, y resolvieran tomar una cruel venganza de los romanos. Una noche de invierno, y hallándose la guarnicion desprevenida, entraron en Castulon muchas gentes, las cuales, de acuerdo con los habitantes, hicieron una gran matanza de romanos. Ebrío de cólera Sertorio por este hecho, reunió á los fugitivos, vuelve á Castulon, y pasa al filo de la espada un sinnúmero de ciudadanos.

No pararon aquí las represalias y escarmiento con que Sertorio quiso castigar la alevosía de los celtiberos; sino que sabiendo la complicidad de los gisenos ó jirisanos, hizo disfrazar á sus soldados con el traje de los de Castulon, dirigióse á la ciudad de dichos cómplices, logró seducirlos con las apariencias, y una vez le fueron franqueadas las puertas de la misma aplicó todo el rigor de las leyes á sus habitantes.

Sertorio habia perdido un ojo en una campaña de la Galia Cisalpina, donde á la sazón desempeñaba el cargo de cuestor, y era ya conocido por su valor y talento militar. Por dicho motivo Plutarco habló del proscrito de Sila en los siguientes términos: «Sertorio... «tuerto como Anibal, como Antígono y como Filipo, á ninguno de ellos fue inferior en claridad de entendimiento, pero lo fue á todos en fortuna, que le fue mas adversa que á sus enemigos (1).»

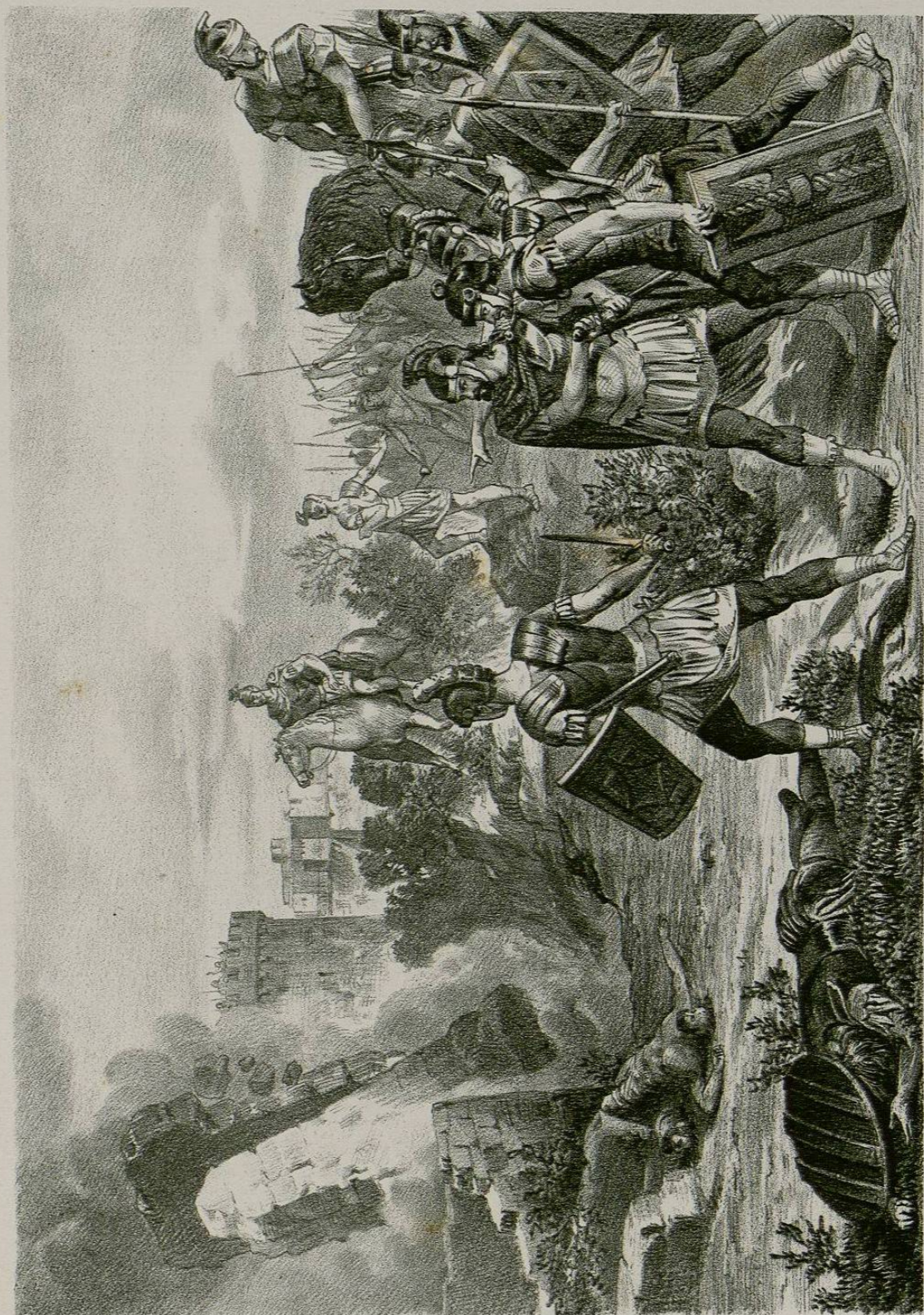
La venida de Sertorio á España no parecia tener solo por objeto el eludir la persecucion del dictador Sila, si que tambien el vengarse del último, suscitando á los romanos obstáculos y enemistades en nuestro país.

Sertorio procuró desde luego granjearse el afecto de los españoles disminuyendo los tributos, y exonerando á las poblaciones celtiberas de ciertas molestias y vejámenes á que les sujetara el militarismo romano. No tardaron los celtiberos en olvidar las sangrientas represalias de Sertorio, y hasta le reconocieron por pretor de su provincia, en vista del nuevo comportamiento que guardaba hácia ellos, y lo muy eficazmente que secundaba sus esfuerzos para emanciparse de la dominacion de Roma.

Pronto dispuso Sertorio de un ejército de nueve mil hombres, en el que figuraban muchos romanos enemigos del dictador Sila.

Al tener noticia Sila de lo que ocurría en España, envió á Cayo Annio con un numeroso ejército, que, al cruzar los Pirineos, se encontró con las tropas con que Sertorio intentaba atajar los pasos de sus enemigos, y cuyo mando habia confiado á Livio Salinator. No atreviéndose Annio á disputar los desfiladeros pirenaicos á las huestes de Salinator, apeló á la traicion. Parece que un íntimo amigo de este último, sobornado por las dádivas y promesas de Annio, consintió en asesinar alevosamente á su Jefe.

(1) Plat. Vit. Sertor. tom. I.



TOMA DE CONTREBIA POR SERTORIO.

Nueva Edición. Barcelona. Boixador. 94726.